

ETA o la negación de la persona

Comienzo a escribir esta carta cuando apenas hace unas horas ETA ha vuelto a asesinar. Esta vez a Francisco Tomás y Valiente. Ni siquiera puedo asegurar que para cuando se publique, otra persona, sea quien fuere, y proceda del estamento social que sea, no haya pasado a incrementar la larga lista de víctimas inocentes del terrorismo.

Uno nunca sabe si escribir de estos temas es bueno o malo. Los expertos dicen que hablar mucho de ETA y de sus crímenes es aportar difusión y propaganda a sus propósitos desestabilizadores; objetivo que ellos persiguen... pero es que, por otra parte, uno se niega, en su impotencia, a quedarse callado, o a proferir unas meras palabras de repulsa, que como coltillas macabras se repiten una y otra vez hasta la saciedad y que van vaciándose de significado en la medida en que ese rechazo a la barbarie de ETA no se fragua en un resultado eficaz.

«Cuando ETA mata, los demócratas callamos...» Las personas no podemos callar cuando ETA mata, de la misma forma que no podemos callar cuando alguien sufre o muere en cualquier lugar del mundo, fruto de la injusticia o de la fuerza irracional, aplastadora de los derechos humanos más elementales. El silencio no puede ser el último recurso de las personas ante la aberración, entre otras cosas, porque con cada muerto de ETA todos morimos un poco.

Con cada manifestación brutal de intolerancia, de falta de respeto, de comunicación, de inhibición ante el sufrimiento humano, de opresión, de injusticia, de muerte... todos vamos muriendo un poco, porque en definitiva es el ser humano quien muere.

De esta forma, y porque «si algo nos queda es la palabra», querría decir a aquellos que aún defienden la muerte en cualquiera de sus manifestaciones: odio, racismo, mentira, violencia, opresión, injusticia, ... aunque sea en la más elemental de sus expresiones cotidianas, que difícilmente merece la pena defender aquello que se busca de esa manera. Dicho de otra forma, que el fin buscado queda descalificado por los medios empleados, y si existe alguien que todavía piensa que la mejor forma de buscar el consenso es eliminar a todo aquel que no piense igual que él, que vaya haciéndose a la idea de que tendrá que vivir en un cementerio. Porque, en definitiva, es eso lo único que son capaces de crear los intolerantes: muerte y vacío. Solo que en ese paisaje desolador en el que han decidido vivir, los muertos, no son las víctimas que ellos coleccionan. *Los muertos son ellos mismos.* O ¿habrá alguien que sea capaz de darme una definición más exacta de *Zombi* (muerto viviente, ser vacío, corrompido, carente de vida aunque dotado de movimiento) que un militante de ETA?

— Luis Enrique Hernández González
Miembro del I.E.M.

Señor Director:

Vengo observando la marcha del Instituto E. Mounier casi desde sus orígenes. Y me pregunto por qué no aparece en la escena pública de una forma decidida, al menos para probar fortuna. Supongo que para eso os falta todo: militantes, jóvenes, dinero, contactos, rostros famosos, realismo, etc.

Y sin embargo me parece que el Instituto tiene un sustrato ideológico extraordinariamente adecuado para ofrecer un espacio alternativo en un momento de crisis y de cansancio, de carencia de savia y de ideas.

Reconozco no ser la persona más adecuada para hablar al respecto (un poco como el capitán Araña, también yo digo pero no hago), pues por mi parte no estoy dispuesta a la presencia en la vida pública, presencia que en estos momentos con criterios personalistas y comunitarios sería heroica. Pero me da pena ver cómo transcurren los años y el Instituto no pasa de ser un cenáculo para cuatro: debajo del celemin no se alumbra, la sal que no sala no sirve.

¿Quién se anima? Como yo no me animo, esta vez lo dejaremos en una carta anónima: me avergüenza firmar. **A**